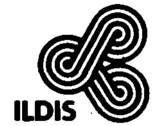
Felipe Burbano / Carlos de la Torre

El populismo en el Ecuador

Alfredo Pareja Diezcanseco
George Blanksten
Agustín Cueva
Pablo Cuvi
Osvaldo Hurtado
Rafael Quintero
Amparo Menéndez-Carrión
Lautaro Ojeda
Iván Fernández - Gonzalo Ortiz
John D. Martz
Amparo Menéndez-Carrión
Jorge León



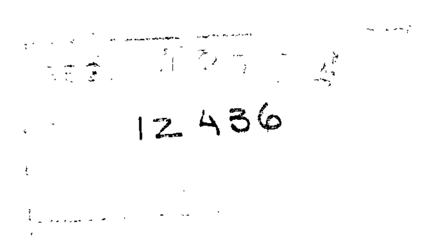


Es una publicación del Instituto Latinoamericano de Investigaciones Sociales, ILDIS,

1ª Edición, Septiembre/1989

Diseño y Diagramación:
Grupo Esquina editores-diseñadores, S.A.

ILDIS, Av. Colón 1346, Telf.: 562-103, Casilla Postal 367-A
Quito, Ecuador



CONTENIDO

SECCION II

Antología de textos sobre el populismo

1. Populismo o velasquismo

Teoría y práctica del conductor conducido*

Alfredo Pareja Diezcanseco

Una vez había dicho: "el pueblo me eligió a sabiendas de mi temperamento". Dijo la verdad. Y Galo Plaza, preguntado por un periodista respondió: "nadie arroja del poder a Velasco: él mismo se tumba".

*. Artículo publicado en la revista Combate, N° 20, enero-febrero, Costa Rica, 1962, pp. 9-23.

Cuantas veces me detengo en alguna de estas provincias latinoamericanas, se me pregunta por las causas que han provocado o hecho posible cuatro velasquismos en el Ecuador. Nunca he podido ofrecer una respuesta satisfactoria, por lo que me ha tentado, para eludir fatigosas demostraciones, decir que el cuarto se explica por lo mismo que se explicaría el advenimiento del quinto.

En mi "Historia del Ecuador", en varios artículos y en mi ensayo "La Lucha por la Democracia en el Ecuador", he intentado una interpretación del fenómeno, que tanto desconcierta, porque no es fácil comprender la reincidencia del éxito demagógico en una sola persona, ganadora, por lo demás, en sus distintas administraciones, del galardón "contenta" de la ineficacia. Por cierto que la recidiva de la demagogia no es ningún prodigio: períodos de ella cubren años de descomposición en la historia, hasta que el aire cambia. Pero no fue sólo Cleón quien sustituyó a Pericles, sino que la cleónida se compuso de cordeleros y lampareros, sucesores del pícaro curtidor, y, según Aristófanes, hubo entre ellos un valiente industrial de salchichas.

Consiste, pues, la sorpresa en la persistencia del mismo hombre, y no en la continuidad del procedimiento por obra de varios, lo cual sería consecuencia nada más de esa descomposición del aire que asola, de época en época, a las naciones. Es obvio, empero, concluir que la repetición del caso unipersonal se debe a que ningún otro, en el Ecuador, pese a grandes esfuerzos, como los de Guevara Moreno, por la izquierda peronizada, o los de Ruperto Alarcón, por la derecha falangizada, ha sido capaz de recibir de modo tan espontáneo el movimiento pasional

de un subproletariado ansioso de verter, para sublimarse, todo su íntimo malestar, toda su patología de resentimiento, venganza y amargura, sobre el símbolo de una unidad representativa.

Digo que no se tome muy a la ligera lo del aire. Respírase oxígeno mezclado a partículas dañinas, como se respiran sentimientos confusos. Cuando la proporción de la tolerancia se altera, las potencias equilibradoras del cuerpo social no alcanzan a destruir los venenos y se cae en dolencia. El aire de una comunidad humana se compone de mil sutilezas de la conducta, de la historia y de la circunstancia actual. Si la conducta, resumen de los otros factores, ha sido frustrada en sus propósitos nobles, por incompetencia de los dirigentes responsables, dáñase el aire, se espesa, permanece gravitando a cielo raso, y comunica la general desazón a las vías respiratorias del país. El aire se limpia, entonces, sólo por conmociones capaces de romper molecularmente el cuerpo formado por la desesperanza; o, en raras oportunidades, por un soplo de buen sentido, que más bien es un retorno ventilado, de ordenación elemental, y que, por lo mismo, dará origen a una nueva densificación de las corrientes sombrías.

Y bien, como yo mismo no estoy satisfecho de mis explicaciones anteriores, un tanto dispersas, intentaré ahora una recapitulación de ellas, con la esperanza de alcanzar una suma, lo más orgánica posible, de la experiencia vivida, incluidos los últimos sucesos, que corren, desde el 5 de junio de 1960, hasta el 8 de noviembre de 1961.

Los antecedentes

Después de más de tres decenios de sangrienta lucha, el liberalismo ecuatoriano tomó el poder en 1895. ¿Cuál la ganancia? Mucha, sin duda: libertad y gratuidad de enseñanza, laicismo, libertad de pensamiento, garantías individuales a tono con la época, nacionalización de los bienes del clero para obras de beneficio social, derechos de la mujer, separación de la Iglesia y el Estado, matrimonio civil y divorcio, organización de la hacienda pública, surgimiento de la clase media, incorporación del mestizo a la vida social; y, por sobre todo ello, la abierta posibilidad de acelerar el proceso de occidentalización, retardado por una insegura conciencia colectiva y el doble origen histórico, indígena y es-

pañol, subyugados ambos al paternalismo de Estado, no obstante las arrogancias individuales del segundo, contraluz de un solo juego de carácter, reacios los dos a recibir los movimientos de cambio que sacudían al mundo por varios siglos ya y lo conmoverían radicalmente después.

Sin embargo, la estructura colonial de servidumbre permaneció intacta. La triunfante burguesía liberal, a pesar de su inclinación a la libre empresa de un mercantilismo incipientemente financiero, terminó por aliarse de modo implícito y práctico con el señor feudal, puesto que resultaba más barato el entendimiento, que derrotarlo con una amputación económica que hubiera convulsionado a un país sin técnicos, sin experiencia, sin verdadera historia de ideas, y no diré sin adultez, sino carente hasta de una adolescencia política valedera. Aprovechó así la clase dirigente liberal del esfuerzo agricultor, que explotaba mano de obra a salario de hambre, de manera que la mayor parte del beneficio correspondiese a la operación exportadora y bancaria.

Quedó así la vida social ecuatoriana enajenada a un pasado superviviente. Por entre la vaguedad con que podía expresarse la ansiedad de una tremenda estratificación social, apenas removida por la aparición ascendente del mestizo, sólo distinguíanse los anhelos espontáneos de libertad humana, cuya objetivación realizábase truncamente en el derecho a votar y en el de gritar en montoneras combatientes o en las plazas públicas, garrote en mano como instrumento convincente. Pocos sabían entonces leer y escribir. Muy larga fue la noche del garcianismo. Y la visión universal se hallaba empequeñecida por la rustiquez en la zona montuvia de los ríos tropicales, y por la muralla andina, no sólo incomunicadora, sino dislocadora de la formación nacional, ásperamente entregada, en el silencio triste del páramo serrano, al cura párroco, al terrateniente, al hechicero-curandero, y al teniente político, tetrafásica personificación del demonio en el nombre de Dios.

Por encima de la estagnación social, el liberalismo realizó sus reformas políticas, convencido de que era menester santificar la revolución con un revestimiento de juridicidad, aunque fuere a descompás de la realidad, expresivo, eso sí, de las proclamas. La otra conducta hubiera sido la dictadura prolongada, para garantizar la profundidad y continuación de las reformas, constantemente amenazadas por un electorado, que aprendía sólo a dibujar el nombre en ciertas circunstancias,

porque lo ordinario era simplemente fabricar actas con mucha gente clamante alrededor, y que funcionaba bajo la relación amo-peón. Por este modo, en el apresuramiento por legalizar la revolución, sentimiento o deseo proveniente de la perentoria conciencia jurídica que vive enraizada en nuestra historia desde la colonia, pues los españoles fueron amigos de muchas leyes y ordenanzas e institucionalizaron hasta el despojo, y en el afán, aparentemente contradictorio de proteger los derechos individuales recién conquistados, el liberalismo en el gobierno se inclinó a la ficción democrática de un sufragio dirigido y prefabricado. La alternativa era que, entonces, en una sociedad eminentemente rural, la reacción conservadora habría ganado los votos.

Diría un observador superficial que así eran traicionados los principios liberales. Si y no. Libertad y democracia no siempre son equivalentes. Sólo a condición de la existencia de la primera, es posible por lo menos esa democracia formal que hoy se halla en las postreras alteraciones de su crisis, aunque abriendo el camino a su dinámica transformación social y económica. Y recuérdense los casos de destrucción de la libertad con el visto bueno democrático, si democracia fuere únicamente contar votos: Hitler, Mussolini, Perón...

Acaso hasta 1918 o 1920, pudo haberse mantenido el formalismo electoral dentro de un club de privilegiados. Después, el partido liberal, abandonado poco a poco de las masas, era o servía a un círculo oligárquico. Transpuesta la edad heroica de la lucha, sin nada que reemplazase en las calles la emoción creadora de la participación del pueblo, pretender la continuación del sistema no obedecía ya a necesidad alguna de la revolución de 1895.

La postguerra primera hizo tambalear la ortodoxia económica del libre cambio. Y cuando nuestros precios de exportación cayeron a niveles de hambre, la ansiedad nacional se dio a buscar soluciones a sacudidas, todavía en la incertidumbre de una sociedad inmadura, no apta para la toma de su conciencia plena. Pero el liberalismo persistió en su impermeabilidad histórica, salvo en las excepciones rarísimas de los disidentes del partido oficial, o antes en dirigentes como Alfredo Baquerizo, que, en 1920, preveía reformas y planeaba ya un estatuto ágil para

las relaciones obrero-patronales, y como Luis Napoleón Dillon, un planificador visionario de la contingencia futura, prácticamente un teórico socialista, en 1925.

En 1922, una huelga de trabajadores en Guayaquil fue reprimida con el asesinato de cerca de dos mil hombres en las calles, sobre una población entonces menor a los cien mil habitantes. Tres años después, se organizaba el partido socialista, todavía dependiente de la tercera internacional. En julio de 1925, una revolución de jóvenes militares idealistas, mal llamados ideólogos, triunfaba contra la trinca liberal. Estos jóvenes impreparados, pero impetuosamente sanos, sufrían de dos influencias principales: la marcha sobre Roma y el éxito beligerante de la revolución rusa, motor histórico, sin duda, que los ilusos convirtieron en una carrera veloz al paraíso de la vuelta de la esquina.

En su intimidad, el fenómeno de la revolución juliana no es más ni menos que la aparición en la superficie de los hechos de la vieja tensión del habitante del subsuelo, de esa corriente subyacente que es donde se elabora la historia.

Los jóvenes militares, sin apetito de poder, obedeciendo a la conciencia jurídica de nuestra formación nacional y desconcertados ante la magnitud de la tarea, entregaron el mando a civiles. De todos modos la insurgencia de 1925 incorporó el Estado a la modernidad. Un médico ilustre, Isidro Ayora, luego de un fracasado ensayo de gobierno plural, dio forma estable a la transformación. Todas las instituciones actuales y progresistas provienen de ese acontecimiento conocido por juliano: Ministerio de Previsión Social y Trabajo, Banco Central, Contraloría del Estado, Superintendencia de Bancos, derecho obrero positivo, Instituto Nacional del Seguro Social, proteccionismo industrial, codificación y tecnificación aduanal, primeros ensayos de planificación económica...

El pueblo se politizaba, maduraba con rapidez. Frente a un partido liberal de cuatro edades geológicas, no por su tiempo de servicio, sino por su cristalización en el pasado que tan rápidamente corría hacia atrás, se expresó la insatisfacción popular en la incertidumbre de gobiernos brevísimos, sucesivamente reemplazados. La crisis fue primero de carácter político, de síntoma más que de profundidad, o, por los menos, así se la pretendía comprender y remediar.

Este es el momento en que hace su aparición el velasquismo.

De 1925 a 1948 se cuentan veintiséis gobiernos en veintitrés años, comprendidos unos pocos que pasaron de una forma más o menos legal a otra dictatorial de mando, de modo que son veinte jefes de Estado distintos. De estos gobiernos, uno fue de conformación plural, diez de Encargados Provisorios del Mando, seis desembezadamente dictadores, incluyéndose a dos elegidos por votación directa, seis designados legalmente por congresos para completar períodos, y tres elegidos por votación directa, no siempre honesta, dos de ellos convertidos en dictadores y sin que ninguno de los tres pudiese terminar el tiempo de su mandato.

A partir de 1934, Velasco Ibarra, y hasta 1948, tuvo dos oportunidades: hizo en ella de magistrado elegido por votación directa, de Encargado de la Jefatura Suprema, de Presidente Provisorio y de dictador.

Desde 1948, la crisis ya no es sólo política; conmueve los fundamentos mismo de la estructura social, entre dos períodos de sensatez gubernativa, que sólo pudieron atender al ordenamiento institucional y a la colocación de bases para el desarrollo económico planificado, especialmente el que llena Galo Plaza de 1948 a 1952. Esto es lo que, al comienzo de estas notas, he llamado retornos ventilados de ordenación elemental, con el riesgo implícito de una recurrencia agravada de las corrientes sombrías de la desesperanza.

Las cuatro jornadas velasquistas

Mediante el auxilio de liberales descontentos de su partido, gracias a una masa de independientes y a la visión de los sectores del centro y la izquierda, en las elecciones de 1932 triunfaron los conservadores, con un candidato que no lo era en exceso y contaba con suficientes virtudes personales para que el pueblo le diese su confianza. Este era Neptalí Bonifaz. El ejército, de tradición liberal, muy radical entonces, se intranquilizó con el suceso. Y como se denunciara documentalmente que el elegido había tenido la nacionalidad peruana hasta su edad madura, aunque nacido en el Ecuador de un diplomático del Perú, fue desconocido por el congreso, Pocos días más tarde, la guarnición de Quito se

insurreccionó a favor de Bonifaz, creyendo de buena fe que el congreso había violado la constitución y que habíansele imputado documentos interesados en la cuestión de su nacionalidad. Todas las otras guarniciones se opusieron al pronunciamiento. Hubo un combate de cuatro días, durante los cuales las izquierdas batieron en las calles a una organización violentamente derechista, llamada de "los compactados", mientras las tropas se cañoneaban.

Velasco Ibarra, ya diputado, fue bonifacista, fiel a su formación conservadora. Vio en esos días algo que le llamó la atención: cómo se podía organizar rápidamente una chusma. Por eso, su primera base popular fue compuesta por los residuos de "los compactados" de Bonifaz, empleados más adelante, y en las cuatro administraciones, para injuriar y atacar de obra y de palabra a los legisladores a él opuestos.

Convocadas por el interinazgo civil nuevas elecciones, obtuvo el triunfo un honorable y capaz ciudadano liberal. Por desgracia, el liberalismo, preocupado por lo que ocurriera con Bonifaz, cargó la mano en el manejo del fraude electoral. Y Martínez Mera, que hubiera sido un hábil gobernante, pagó el pecado original de su elección con una impopularidad aprovechada con presteza por el entonces Presidente de la Cámara de Diputados, Velasco Ibarra. A Presidente de Diputados llegó por la influencia de los círculos de la derecha, que vieron en él a un futuro campeón de su bando.

Era el flamante político un hombre tímido, periodista introvertido, que sentía temor por los discursos, predicador en su columna de normas éticas y de justicia, con tendencia liberal filosófica, y de severa formación católica. Le salió bien el primer discurso parlamentario. Desde ese instante, su fuerza introvertida se volcó al mundo exterior de los balcones con una energía avasalladora.

El pueblo quería cosas nuevas. Veía incautamente su salvación en el espectáculo.

Velasco Ibarra, desde su tribuna en el Parlamento, paralizó el gobierno de Martínez Mera. Hubo Ministros de Estado, acosados por las interpelaciones, que duraron sólo horas en sus funciones. Presentóse al canto otra coyuntura: la situación bélica entre Colombia y el Perú, por la cuestión de Leticia, en el Oriente. El gobierno ecuatoriano mantuvo

la neutralidad; Velasco Ibarra quiso forzarlo a una decisión que hubiese convertido al país en campo de batalla entre sus dos fuertes vecinos, con el previsible resultado de una ruina económica y una posible destrucción de la misma nacionalidad como precio de la paz entre los mayores. Hechos históricos anteriores, que sobran en estas notas, fundamentan esa posibilidad. El gobierno tuvo la razón, y más porque Colombia no sólo se negó a celebrar una alianza militar con el Ecuador, sino que simplemente pretendía que las tropas de este país avanzaran a ciertas posiciones, de las que los colombianos contribuirían a desalojar a los peruanos. Pero Velasco Ibarra tenía la oportunidad por los pocos cabellos con que a veces la pintan: exaltó el sentimiento nacionalista. Lo cierto fue que, pocos meses después, la cuestión de Leticia, que, durante la iracundia oratoria de Velasco Ibarra, estaba ya negociándose detrás de las escaramuzas, quedó pacíficamente solucionada.

Por fin, luego de graves escenas callejeras, el Senado acogió la acusación de la Cámara de Diputados contra el Presidente: mala conducción de los negocios internacionales e ineficacia administrativa. La primera magistratura fue declarada vacante.

Velasco Ibarra comprometió su palabra de honor en no aceptar la candidatura presidencial. Pero la aceptó, hizo una campaña de nuevo estilo, invocando con harto despropósito a Ortega y Gasset cada vez que, en muchas, decía que el orden público no estaba en los caballos, y ganó los sufragios de 1934. La masa de "compactados" de la derecha, en la sierra, beneficio del inventario bonifacista, y la afluencia de independientes insatisfechos, le dieron el triunfo.

El motivo conductor de su campaña tuvo tres aspectos: ataque a las trincas, guerra a los Estancos, y clamor por la libertad de sufragio. Los Estancos de alcohol y de tabaco –después el de fósforos– fueron una herencia colonial, expresión del Estado paternalista español. Del aguardiente obtuvieron grandes rentas los gobiernos de la Colonia y los de la República, a trueque de fomentar el vicio.

Llegó y salió del poder meteóricamente. En el poder, se olvidó de los Estancos, apreciable fuerza para la política con sus numerosos empleados y recursos. Se olvidó también de muchas otras cosas. En cambio, desató desde el gobierno una cadena infinita de injurias contra los

izquierdistas, los liberales y el estudiantado universitario, que le combatían. En un solo discurso se cuentan alrededor de cien expresiones como éstas: mentes ratoniles, zambitillos pedantes, comunistoides, rábulas, bastardos, pícaros, políticos de panza, alianzas de vientre, amargados, imbéciles, infelices, forajidos, ruines canallas... Y la amenaza de aplastarlos, pulverizarlos, triturarlos...

No se olvide que un lenguaje así es aplaudido siempre por el resentimiento de la muchedumbre pauperizada. Expresa una corriente psicológica agresiva y participa de la técnica fácil de una ecolalia rudimentaria en los procedimientos de la agitación pública.

Pasaron sólo 353 días de zozobra. Fueron en ellos aceptadas renuncias no presentadas por los Ministros, cancelados funcionarioss excelentes, por no haber llegado a las ocho en punto de la mañana a sus oficinas, insultada la prensa, desarticulada la economía, todo en medio de una movilidad casi patológica, una actividad ambulatoria alarmante, y de numerosas obras públicas aceleradamente construidas, meramente iniciadas o sin utilidad. Hacer cosas es una pasión de Velasco Ibarra. Y parte de la explicación de su éxito popular, pues el hombre de la calle las ve y las toca.

En agosto de 1935, se proclamó dictador, después de haber predicado, como García Moreno, la insuficiencia de las leyes. El ejército no lo aceptó. Fue apresado, firmó su renuncia y salió al destierro.

Nadie creyó que tal desvarío retornase.

***

Siguieron tres años de alternativas políticas inestables, sin que ningún grupo humano organizado extrayese lecciones del pasado acabado de vivir. Las masas populares entraron en un aparente reposo. En 1938, una nueva asamblea constituyente, convocada por un general, que echara por la borda al dictador semi-fascista al que había servido, dio una magnífica oportunidad a las izquierdas. Desaprovechada la oportunidad por ineficacia, y, sobre todo, por circunstancias muy adversas, los legisladores progresistas fueron encerrados en el Penal, y la dictadura, con un revestimiento de remendada legalidad, por la que pasaron tres hombres de interinazgo, convocó a elecciones en 1940.

A estas elecciones presentóse Velasco Ibarra, entonces (¡Dios me lo explique!) con beneplácito y simpatía de ciertos sectores de la izquierda, para quienes todo el mal consistía en la posibilidad del triunfo de la oligarquía liberal.

Con elecciones dirigidas a la manera antigua, se impuso el candidato oficial, que lo era del liberalismo plutocrático. Velasco Ibarra, en el nombre de la libertad de sufragio, se lanzó a una aventura subversiva, dirigiéndose a la base aérea de Guayaquil, que creyó poder sublevar; fue allí apresado y nuevamente enviado al exilio.

Empezó ya a figurar como el gran ausente.

El nuevo magistrado gobernó con mano dura, aprovisionado de facultades omnímodas, dócil y reincidentemente otorgadas por el parlamento. Esta dictadura, con pudores constitucionales muy débiles, fue la de Arroyo del Río. Había estallado la guerra grande. Y luego la pequeña, que fue nada más una invasión del ejército peruano al territorio del Ecuador. A pesar de la impopularidad y el repudio, el gobierno se mantuvo casi hasta la terminación de su mandato pseudolegal.

Fue ésta la época triste en que las dictaduras latinoamericanas, a la cabeza el "benefactor" de Santo Domingo, salieron a escena con el traje nuevo de ser aliadas importantes en la causa por la libertad humana, muy orondas de tratarse en plano de igualdad con Roosevelt, y siempre bajo la protección de un Departamento de Estado cómplice y coautor de la barbarie. Ocurrió también entonces la vergüenza de la consigna sobre la conciencia, cuando el stalinismo convirtió la guerra imperialista en guerra antifascista y ordenó la colaboración de nuestros pueblos con las dictaduras, para que no mermasen provisiones de materias primas —de todos modos, no hubieran mermado— necesarias al esfuerzo bélico contra el fascismo. Duele recordar el informe de Lombardo Toledano: Prado, en el Perú, tenía pelaje de Stalin criollo, el idolatrado padrecito de entonces; el boliviano Peñaranda, el de la horrible matanza de Cataví, recibía ditirambos; Ubico de Guatemala aparecía hombre de mérito, necesario a la causa de la victoria; y Tacho el viejo, de la Nicaragua desandinada, era "hombre inteligente, constante, que le hace bien a su pueblo, a su modo, y que es, dijéramos, un dictador paternal..."

Pero ocurrió que Arroyo del Río –nunca, en verdad, comparable ni en ferocidad ni en torpeza ni en desvergüenza a los Trujillos, Somozas o Ubicos– no aceptó la colaboración comunista. Antes bien, persiguió a las izquierdas. Las izquierdas, por réplica, empezaron a pensar en el Gran Ausente, que disparaba cartas desde Chile, asegurando que su corazón estaba en la izquierda y que gobernaría con la brillante juventud socialista.

Cercano ya el día de las elecciones de 1944, listo el fraude para la continuidad del régimen con otro liberal del círculo, el 28 de mayo estalló una formidable insurrección popular en Guayaquil, apoyada y dirigida inmediatamente por la guarnición militar de esa plaza, que aniquiló en toda una noche el cuartel de carabineros, convertido en poderoso arsenal del gobierno. Velasco habíase movido, en tanto, de Chile a Colombia. El gobierno provisorio, hasta la convocatoria a nuevas elecciones, debía haberlo ejercido la Alianza Democrática que organizó la conspiracón y que fue compuesta por conservadores, comunistas, socialistas, liberales ex-partido e independientes, y, claro, muchos velasquistas puros. Pero Velasco llegó a Quito y se apoderó del gobierno con sólo proclamarlo así delante de una multitud delirante.

El 10 de agosto de 1944, la Asamblea Constituyente designó a Velasco, que venía ejerciendo el mando desde junio, Presidente por cuatro años. Se rodeó en un comienzo de izquierdistas. La gente estaba radiante. Creían haber acertado los jóvenes de la izquierda. A poco, se sacudió de toda ella, como de un traje incómodo, y el corazón se le pasó a la derecha, por un rato, y, por otro, a lo que sería neoperonismo cefepista (Concentración de Fuerzas Populares, de Guevara Moreno). El 30 de marzo de 1946, proclamó la dictadura, y ésta fue construida a garrote, vejaciones, insultos, prisiones, clausura de diarios, bala y piedra. Del Banco Central, se obtuvieron fondos a fuerza. Volvió a descomponerse la economía nacional. Se paralizaron las actividades creadoras de la nación. Fue mayor que en la primera vez la desarticulación administrativa... En agosto de 1947, lo derrocó su Ministro de Defensa. Marchó, pues, a su tercer exilio. En esta ocasión, su tránsito por el poder alcanzó 1178 días.

Sufría el país hartura de trastornos. El deseo más poderoso llegó a ser, por entonces, el de orden y trabajo pacífico, no obstante la miseria

de los menesterosos, porque la demagogia, si bien enciende pasiones, también fatiga, sólo que retorna cuando no se intenta un cambio fundamental a las formas de vida que la época exige. Y bien, el coronel golpista no pudo mantenerse. Hubo un interinazgo civil de breves días, hasta que el congreso designó, para completar el período legal, a un ciudadano de elevada jerarquía moral, que nunca antes habíase entregado a la acción política. Carlos Julio Arosemena hizo un gobierno respetable de transición, recordado por la historia por su sensatez y pulcritud democrática.

En los sufragios de 1948, triunfó Galo Plaza, votado por el Movimiento Cívico Democrático, agrupación de independientes no conservadores, que venció, por estrecho margen, al candidato conservador, y por muy amplio a la coalición liberal-socialista. Significó este triunfo el vivo sentimiento del país, cansado de la zarabanda demagógica y de la congelación partidista.

Arosemena y Plaza –éste en sus cuatro años constitucionales– tipifican esa etapa de retorno al buen sentido, que ya queda dicha, durante la cual se limpia el aire de la atmósfera nacional, se reagrupan las energías humanas, puédense colocar los fundamentos para una reforma posterior, pero, iniciadas transformaciones de estructura, otra vez la desesperanza se prepara a sus oscilaciones capaces de conducir a nuevos períodos de demagogia o a la catástrofe social que acaso la suceda.

Fue el gobierno de Plaza de tolerancia admirable. Quiso él demostrar, como lo prometió, la gobernabilidad del pueblo en libertad. Logró totalmente su propósito. Y esto le permitió planificar para el futuro, dejar colocadas las bases de un posterior desarrollo económico, fomentar en alto grado la agricultura de exportación y la de consumo interno, y rodear su tarea administrativa de una extraordinaria serenidad, señalada por el irrestricto respeto a la dignidad humana.

En 1952, se presentó amenazante la candidatura conservadora-falangista de Ruperto Alarcón. La propia derecha tradicional vio con temor la posibilidad de su triunfo, puesto que Alarcón pertenecía al ala no aristocrática del partido. Las izquierdas, como en otras ocasiones, naufragaron en su búsqueda del mal menor. Y como la candidatura liberal democrática del capaz ciudadano Eduardo Salazar Gómez, no al-

canzara la prosperidad esperada, y él se vio obligado a abandonar la batalla, el torrente de la insatisfacción popular, desde la derecha a la izquierda, y con el beneplácito de algunas órdenes religiosas, volvió a volcarse en Velasco Ibarra, aureolado por la ausencia.

Decíase que antes no había podido gobernar con tranquilidad por la persistencia de la oposición, que había tenido malos colaboradores frustradores de sus buenas intenciones de patriota, y que, sobre todo, esta vez contaba con la experiencia padecida en sus fracasadas intentonas dictatoriales. Es lo que se dice siempre, en casos semejantes de rehabilitación por el absurdo. Y conste que el autor de estas notas no pone en duda las buenas intenciones del doctor Velasco Ibarra. Duda, eso sí, de su eficacia en la gobernación. Y agrega que, en política, no es permisible juzgar de intenciones, sino de hechos claramente objetivados.

En esta ocasión, recibió apoyo del justicialismo argentino. En un libro de Sánchez Zunny, cuyo título completo olvido, por hallarme ausente de mi país y de mis documentos, publicado en Buenos Aires, con autorización oficial del Presidente Aramburu para la reproducción de pruebas, constan unas muy comprometedoras acerca de cierto velasquista, que anduvo por tierras de Perón, siguiendo cursos de justicialismo y solicitando ayuda pecuniaria para la nueva candidatura de quien, según él, fácilmente podía ser inducido a seguir y aplicar en el Ecuador el peronismo. Se equivocaba en esto del medio a la mitad. Velasco no es peronista, no es fidelista, no es conservador ni liberal; Velasco es sólo velasquista. Puede, eso sí, recibir ayudas; y pagarlas, sólo hasta donde se lo permitan las circunstancias.

La verdad es que la intervención peronista en las elecciones ecuatorianas de 1952, denunciadas por Germán Arciniegas en su libro "Entre la Libertad y el Miedo", apareció tan evidente, que el Presidente Plaza declaró persona no grata al Embajador argentino y solicitó su salida del país.

No cuenta repetir ahora los desaciertos del tercer velasquismo, en el poder, al que llegó con apoyo del cefepismo, entre otras fuerzas, pero del que se emancipó a pocos meses y al que persiguió después.

Pero en esta ocasión se esforzó, hasta donde buenamente pudo, por lograr cierta moderación, que esporádicamente rompía cuando arreciaba la oposición. No había de intentar el golpe de Estado, puesto

que ya en dos ocasiones anteriores el ejército habíaselo impedido. Mas fue, sobre todo, el unánime deseo del país lo que evitó que lo precipitaran sus numerosos errores hacia su derrocamiento. Hubo momentos en que pareció hallarse al filo de la caída, como si él mismo se esforzase en derribarse. Una vez, había dicho: "el pueblo me eligió a sabiendas de mi temperamento". Dijo la verdad. Y Galo Plaza, preguntado por un periodista, respondió: "nadie arroja del poder a Velasco: él mismo se tumba".

Claro que le fue imposible dejar de violar la ley en varias circunstancias, como cuando clausuró órganos de prensa. A pesar de él, empero, el pueblo y los partidos quisieron que gobernase cuatro años y así se terminase con su influencia. Al final del período, atropelló la constitución de la República, al convertirse, por encima de expresas prohibiciones, en director viajante de la campaña electoral de su candidato, el dirigente conservador-social cristiano, Camilo Ponce Enríquez. Ganó éste, con el apoyo velasquista, y gracias, en últimas horas, a algunas incorrecciones de las autoridades del sufragio, obedientes a Velasco Ibarra, que fueron facilitadas por el estrechísimo margen de diferencia –tres mil votos– entre Ponce y el candidato del Frente Democrático Nacional, Raúl Clemente Huerta.

En esta ocasión, no hubo destierro. Pero él no puede vivir en su país de otro empleo que no sea el de Presidente de la República. Se marchó a Buenos Aires.

***

Sobraban razones para temer un gobierno autoritario y despótico de Ponce Enríquez. Alimentaban el temor sus antecedentes en el Ministerio de Gobierno, de Velasco, naturalmente, y en su curiosa teoría de derecho público, mantenida en el congreso, según la cual el Poder Ejecutivo cuenta con facultades implícitas, no señaladas por la ley, y el ciudadano, sólo con derechos potenciales, cuando éstos, no obstante constar en la ley, no hubieran sido perfectamente reglamentados, requisito indispensable, según él, para la vigencia del derecho positivo.

Quizás esta vocación autoritaria convenció a Velasco Ibarra para darle la sucesión.

Pero, con la imparcial seriedad de quien fue opositor a ese gobierno, he de reconocer que la responsabilidad de la investidura llevó al nuevo magistrado a vencerse a sí mismo, raro vencimiento en el linaje de los que ejercen el poder, que –¿verdad, Shelley?– envenena las manos de quienes lo tocan. Y aunque hubo errores dignos de censura en esta administración, nunca fueron mayores que su tolerancia por la libertad, pese a ciertos esfuerzos frustrados contra el laicismo, cuestión en la cual la conciencia nacional le ofreció un rechazo rotundo. De este modo, pudo establecerse el contraste con la zozobra y tropelía anteriores.

Como Ponce se divorció inmediatamente de Velasco Ibarra, declarando que no podía convertirse en el síndico de una quiebra, pues la caja fiscal hallábase con el déficit mayor de su historia, el gran ausente encabezó la oposición y llamó ingrato al nuevo Presidente. Las declaraciones de Ponce deben haberle irritado, pero sabídole también a miel sobre hojuelas, puesto que dirigir la oposición contra un régimen de derecha, que la mayoría nacional rechazaba, era el más eficaz medio de retornar por la ancha puerta de la antipopularidad conservadora. Así empezó otra vez, suavemente al principio, la inclinación al sobresalto velasquista.

En 1960, hubo cuatro candidatos: Galo Plaza, por el Frente Democrático Nacional, integrado por socialistas, liberales e independientes; Velasco Ibarra; Gonzalo Cordero, por el partido conservador; y Antonio Parra por una coalición de cefepistas-peronistas, comunistas y un pequeño sector de intelectuales radicalizados. Esta última candidatura, sin el conocimiento de Parra, se organizó con el propósito exclusivo de combatir a Plaza y reforzar a Velasco Ibarra, puesto que mermaba al primero votos izquierdistas que nunca, creíase, hubiéranse vertido, en esta oportunidad, por el segundo.

Fue notable la coincidencia en la fraseología de bajo insulto, que dispararon a unos velasquistas y parristas, nunca Parra. Repetíase el humillante fenómeno de la consigna sobre la conciencia. La táctica, desde el punto de vista de los maniobradores, era clarísima y eficaz: con Velasco, el caos propicio; con Plaza, el orden y las reformas que detienen la insurgencia desesperada y sometida a patrones extraños. Por sobre todo ello, agréguese el oportunismo de algunos, que sólo con Ve-

lasco podrían medrar, y la amargura de algunos resentidos por mínimos errores que, acaso, no hicieron, en determinada ocasión, justicia a méritos.

La combinación quedó desnuda cuando, de los ciento sesenta mil votos que cálculos de adversarios concedían a la candidatura Parra –ellos hablaban de doscientos mil– sólo fueron obtenidos por ella alrededor de cuarenta mil. La diferencia se sumó a la votación velasquista.

Los conservadores, por su parte, en cuanto advirtieron que no triunfarían con su candidato, dieron lo que pudieron de sus votos a Velasco. Se ofreció así el caso –que no extraña demasiado, por cierto– de una coincidencia de propósitos entre la Iglesia, o una parte muy principal de ella, cuando menos, y el extremismo sovietizado. Y algún liberal de pocas luces, de condenable pasado y ambiciones desconcertantes, también hizo lo que alcanzó a hacer para obstaculizar a Plaza y favorecer a Velasco, aunque después de él se haya apartado, porque le fueran cerradas posibilidades o porque los síntomas le indicaron que el velasquismo estaba ya en el plano inclinado de su cuarta liquidación.

El programa de Plaza contenía un plan de reformas sociales y económicas, que significaban, por lo bajo, la iniciación de un cambio fundamental de la estructura semicolonial del país. Pero ya sabéis lo que ocurre en estos casos, por el lado de la reacción y por el de la fanatizada falange de la línea oportunista.

¿No os parece todo esto una verdadera enfermedad? Pues, nuevamente, la base popular de Velasco Ibarra fue caudalosa. Hubiera triunfado de todos modos, creo yo, sin los incrementos de la irresponsabilidad patriótica, que dejo anotados, pero de ningún modo con tan abrumadora mayoría: casi el cincuenta por ciento del electorado.

Hay otras cosas que oportunamente saldrán a luz pública. No faltó, en la cuarta coyuntura, cooperación económica de otras fuentes.

Y la atmósfera heroica del fidelismo jugó también su parte, no haya duda.

Pero abandonemos las intimidades de la tramoya. Velasco Ibarra entró al Palacio el 1° de septiembre de 1960; salió de él el 8 de noviembre de 1961. Fueron ahora 432 días delirantes. Hoy fabrica su nueva ausencia en Buenos Aires.

Es increíble, en absoluto increíble que en tan breve espacio de tiempo cometiéranse tan gravísimas equivocaciones. La política económica fue de una ignorancia desconcertante, dentro de ella una devaluación monetaria antitécnica, públicamente advertida para placer de la especulación; gastos sin objetivo y alocados; derroche pecaminoso; contradicciones diarias; insultos; proyectos inconexos; una ley agraria, precipitada y escamoteadora de la verdad; descalabro financiero; entrega de grandes negocios a una oligarquía de nuevos empresarios; millones de palabras que perturbaban el aire y el corazón de las gentes; y, por último, el bárbaro sinapismo para el dolor de la quiebra: treinta y siete nuevos impuestos al consumo, sobre un pueblo que viste andrajos.

El 4 de octubre estalló una huelga general de veinticuatro horas. Velasco Ibarra perdió los estribos. Protestaron después las provincias postergadas. El pueblo fue ametrallado en los cuatro lados de la República. Cien heroicidades diarias contemplaron las calles de los pueblos y las ciudades. Salieron los estudiantes a pelear. Los estudiantes morían todos los días. Morían en una ciudad, pero resucitaban en otra. El Vicepresidente, que era, por ley, Presidente del Congreso, Carlos Julio Arosemena, hijo del mandatario de 1947, había pedido a Velasco un cambio de su política. No fue escuchado. El Vicepresidente denunció que en el Gabinete había ministros enloquecidos por una lujuria de dinero. No fue escuchado. Velasco se dedicó a castigar niños, a veces con la muerte, y a encarcelar legisladores, amparados por inmunidad constitucional. El Vicepresidente fue encerrado en el Penal García Moreno. Ya no había Constitución.

El ejército, haciendo honor a su tradición, no aceptó la dictadura. La legitimidad era la Presidencia para Arosemena, por lo que falta de período normal, esto es, hasta 1964. Arosemena salió de la prisión a tomar el mando.

No se puede hablar de lo que está por venir. El Gabinete nombrado por Arosemena satisface, por la excelencia de sus hombres. Las declaraciones del nuevo mandatario son sensatas. ¿Será el actual ministerio tan sólo una fórmula transitoria para salvar la beligerancia entre las fuerzas políticas divergentes? Habrán de transcurrir algunos meses, antes de que la intimidad de la política ecuatoriana de hoy sea esclarecida.

Pero creo que, en gran parte, lo que sucederá depende de dos factores, implicado el uno en el otro: rápida movilización del Plan Kennedy en el Ecuador y reformas fundamentales en el statu quo social y económico del país.

Si no fuere así, todo es posible, aun lo más extravagante: desde una quinta emergencia del velasquismo, hasta una catástrofe que convierta la tensión de otro país latinoamericano en una nueva víctima emisaria de la guerra fría. Velasco trajo el conservadorismo de vuelta al país; por causa de su misma incoherencia, traería una versión andina del fidelismo. No en vano jugó, internacional e internamente, con el amenazante juego del castrismo, quizás obligado por circunstancias que sólo él y unos pocos deben conocer, quizás también por imitar a Janio Quadros.

¿Hay ideas en el velasquismo?

Sí, pero en dispersión. Surgen, a ratos, del vendabal de la palabra, viejas ideas muy usadas de liberalismo ideológico del siglo XVIII, de la intuición creadora del pueblo –así, sin más–, de sufragio universal, derechos humanos, potestad del individuo, nacionalismo declamatorio, latinoamericanismo vago, exaltado, un poco al estilo arcaico de Manuel Ugarte, militarismo leado como una maravilla, referencias cristianas a la justicia social, soberanía indefinida, bolivarismo de academia, es decir, lo menos bolivariano que hay, y otras cosas más, de aquellas innumerables que componen la cartilla elemental de los políticos fineseculares.

No se busquen, que es inútil, principios sólidos, un sistema, una doctrina conexa a problemas humanos contemporáneos, un programa de gobierno siquiera.

No creo yo en esta época, y menos para Latinoamérica, en abstracciones de cuerpos doctrinarios, derivadas de una composición metafísica del mundo y de la larga historia del pensamiento europeo. Pero sí en principios básicos, pragmáticos, si se quiere, que den unidad a la acción política, entrañen una definición de problemas y signifiquen una relación con la circunstancia objetiva dominante y una reacción contra lo adverso de su contenido actual.

¿Por qué entonces el gran número de sus seguidores?

Precisamente, por la ausencia de principios, la abundancia de palabras y su ataque verbal a los partidos.

Me he explicado ya antes, pero recapitularé que, entre 1925 y 1935, se expresa con claridad el malestar de una insatisfacción, que paraliza las energías creadoras de la vida política ecuatoriana. La conclusión inmediata fue la repugnancia por los principios de los partidos, a causa de la no aplicación de ellos por sus dirigentes. Hablo especialmente, del liberalismo. Por extensión, creóse la indiferencia para todos los otros. Esta frustración partidista, reproducida por la indisciplina social fue la primera expresión de la desesperanza, agudizada, de modo acelerado, en nuestros días.

Un hombre que prometía mucho y hablaba más, que exhibía gestos e inflexiones enteramente nuevos, era personalmente honesto en cuestiones de dinero y demostraba una agresividad siempre festejada por la masa, encajaba a maravilla en la psicología social del momento, renuente a creer en principios doctrinarios que habíanse anegado en repeticiones impracticadas en la realidad, y luego de que el socialismo, que pudo haber colmado la necesidad de cambio, habíase debilitado prematuramente, como partido, por exceso esquemático de polémica teórica y debido a la inexperiencia de su intelectualismo.

Podría argüirse que tales condiciones hubiéranle facilitado un fácil triunfo sólo en un sector de la sociedad. Pero débese pensar que las fronteras de los grupos humanos son dinámicamente interactivas, que las decisiones emocionales componen una suma de la cual difícilmente escapa la mayoría de los individuos, y que, por otro lado, así en lo relativo a la dirección del velasquismo, como en la designación de funcionarios de alta jerarquía en sus administraciones, Velasco Ibarra prefirió, con pocas excepciones, a gentes de una subalterna mediocridad. Personas que hubieran podido evadirse, a causa del grupo social al que pertenecían, de la influencia de la masa subyugada y subyugante, hallaron en los triunfos velasquistas la única oportunidad de salir del gris anonimato de sus existencias.

Una multitud, formada de grupos inestables, llega con facilidad, apenas es estimulada, a ser activamente agresiva, alcanzando cierta

cohesión transitoria en razón de la emulsión demagógica. La agresividad es contagiosa o inspira temor, situaciones ambas que facilitan la extensión del sentimiento popular por diversos sectores de la vida social. Eso mismo explica que la cohesión, así obtenida, vuelva a la dispersión a poco de haber pasado el entusiasmo electoral. Si se agrega el desencanto por las promesas incumplidas, el cuadro quedará completo.

Y cuando nada se ha ensayado de terapéutica social, ni siquiera en investigar la etiología del malestar, acaso voluntariamente ignorada por las clases dirigentes, el fenómeno tiende a repetirse, no sólo las cuatro veces de nuestra historia, sino todas las que sean provocadas por la profundidad de las causas.

En resumen, la razón de la popularidad de Velasco Ibarra se hunde en la raíz de una área sub-cultural de la nación, alcanza dirigencia, cierta organización, y posibilidades económicas para la propaganda, debido a la ignorancia de las clases altas o al criterio de empresa lucrativa de unos cuantos; y es conmovida brutalmente casi por la necesidad de los desposeídos, aguijoneada por la libre información de nuestra época, que crea una justísima impaciencia por la posesión de bienes materiales, propicia a ser asfixiada en la impostura demagógica.

***

Velasco Ibarra es, como la masa en muchedumbre, inestable. Padece, como ella, de incertidumbre y orientación ambulatoria. Sus actos y palabras revelan la agresividad del conglomerado decapitado. Su pensamiento recopila automáticamente las desviaciones de la incoherencia extraviada que atraviesa las paredes humanas de la multitud. Y quizás, resentimientos de la época de su timidez, reproducen a lo vivo la insondable amargura de los menesterosos.

Claro que Velasco posee unas pocas de las condiciones del líder: agilidad, respuesta inmediata, repeticiones de conceptos elementales en la oratoria, energía para subrayar expresiones, culto a la palabra en sí, nerviosa captación del sentimiento prevaleciente en un instante, tono mayor exclamativo, y cierta cautivación cortés cuando se halla en grupo reducido. Muchas otras están por el revés en su personalidad: no es claro, no es explícito, no es disciplinado, no coordina propósitos;

pero sí es feísta en la terminología y el aspecto, y no alcanza a devolver la condición carismática que recibe de la masa, por lo que su popularidad no es constante, sino que se espacia entre períodos de desaliento.

La masa no sigue a Velasco, sino que Velasco sigue a la masa. No es conductor; es conducido. La emoción de la multitud lo envuelve, pero se quema en ella, de manera que va y viene erráticamente entre las pasiones callejeras, no sabe cómo cambiar una situación desfavorable o dirigir las energías creadoras de la muchedumbre y termina alimentándose de vagas empresas, que confluyen, como un sucedáneo de la unidad, en su autoritarismo, reflejo nada más de un sentimiento de relación filial en la masa, que, con sus amarguras y deseos vindicativos, quiere contemplarse a sí misma en un símbolo que le dé cohesión.

Si diría que su hábito de hablar, subrayando afirmaciones con el gran índice erguido, es la representación fálica de una paternidad frustrada y, al mismo tiempo, de un carácter imperioso que refluye en él desde los placeres obscuros de "su chusma".

Es usual en Velasco Ibarra esta expresión de "chusma". Quizás conocía los trucos del tirano Rosas, de Argentina, o recordaba palabras del conductor –éste sí– chileno, Arturo Alessandri, que empleaba estos recursos para triunfar, pero si ensombrecer sus cualidades de estadista. "Mi chusma querida", "mi chusma noble", son frases que paseó como banderas por todo el país.

Se incurre en gravísima irresponsabilidad al querer confundir chusma con proletarios, muchedumbre o masa. La palabra viene de una canción que animaba a los galeotes a remar, y significa sólo un conjunto soez. Perón se comportaba más consideradamente con sus seguidores: los llama "descamizados". Porque no tener camiza no equivale a ser soez, ni indigno, ni vil.

La chusma es contraria a la democracia, salvo que quiera persistirse en esa democracia por la cuenta de narices, que repudiaron pensadores progresistas desde la Edad Media.

Pero con chusma o sin ella, con masas auténticas o no, Velasco Ibarra, digo, y se infiere por lo antedicho y el ligero recuento histórico, no es un conductor, sino un conducido. A lo más, llega a ser fermento, sus-

tancia de materia especial que, al ponerse en contacto con la muchedumbre, la hace fermentar por instantes. Pasado el momento del contacto, y en cuanto el pueblo recupera la aptitud de reflexionar, se le aparta, descansa, y entonces Velasco Ibarra se desconcierta, pierde sus pies, el fondo vacila, enceguece, y precipítase a tremendos errores de un frenesí creciente, hasta que se derroca a sí mismo. Recuérdese que las sustancias fermentadoras, antes del contacto y después de él, son amorfas e incoloras.

El sufragio

Es verdad que en 1933, 1952 y 1960, Velasco Ibarra ganó en elecciones libres. Es verdad también que su primera aparición en la vida pública fue en favor de una reivindicación del derecho a votar sin coerciones. Recibió así la corriente popular más evidente de la época. Supo utilizarla, sin duda.

Pero eso no quiere decir que él, por él, haya convertido el sufragio libre en una institución ecuatoriana. Los medios para proteger ese derecho de la voracidad oficial, han sido todos conseguidos en prolongadas luchas de la izquierda democrática, hasta que se pudo llegar a su institucionalización en un Tribunal, equivalente a cuarto poder del Estado. Valga reconocer que, en 1946, las fuerzas conservadoras no se opusieron, y antes bien, cooperaron decisivamente, en el parlamento de ese año, al perfeccionamiento de la institución.

Fue el pueblo quien, irritado por el engaño, impuso el sufragio libre. Considérense estas cifras:

1875.- 45 mil votos, triunfo liberal, elecciones libres, reacción popular a raíz de la muerte de García Moreno.
1931.- 62 mil votos, elecciones libres, triunfo de Bonifaz.
1933.- 62 mil votos, primer triunfo de Velasco Ibarra, con un sesenta por ciento de este total, elecciones libres. No ha crecido aún el electorado.
1948.- 282 mil votos, elecciones libres, triunfo de Galo Plaza, apenas quince años después y con una población que el censo de 1950 señaló en 3.200.000.

1952.- 357 mil votos, elecciones libres, triunfo de Velasco Ibarra, con un 43 por ciento del total. Reducción del porcentaje en un 17 por ciento con relación a 1933.
1956.- 628 mil votos, progreso muy marcado en cuatro años, triunfo de Ponce Enríquez, con apoyo velasquista, pero con sólo cerca del 29 por ciento del electorado, tres mil votos más que el Frente Democrático Nacional y discutibles resoluciones del Tribunal.
1960.- 800 mil votos, elecciones libres, triunfo de Velasco Ibarra con un poco más del 47 por ciento del total, incremento del 4 por ciento sobre 1952, pero una disminución del 13 por ciento en relación con su primera elección, no obstante la maniobra cefepista-comunista-clerical.

La libre votación y el crecimiento del número de electores es un proceso natural de la intervención cívica del pueblo, cada vez más personaje actuante de la historia y menos espectador de ella, aunque, por causa de su rápido progreso, la extensión de la cultura política haya sacrificado a la profundidad por ahora. De este fenómeno deriva el éxito de la demagogia. Sería curioso conocer el número, por ejemplo, de radioreceptores que existían en el país en 1948 y cuál el de 1960. La libre información juega en estos asuntos un rol decisivo.

Por otra parte, no puede ser un campeón del sufragio libre quien lo violó desde el Poder en las elecciones de 1956, imponiendo su sucesor, ni quien se ha proclamado tres veces dictador y constantemente burló las disposiciones legales.

La elocuencia

Posee su técnica, bastante original, probablemente espontánea y fortalecida por la experiencia. Es una técnica de predicador combatiente, con sobrios gestos del cuerpo, movilidad en las manos, derecho índice acusatorio, admonitorio, penetrante, de bruscas agitaciones, grande la boca, recta y echada hacia atrás la cabeza, de cuando en cuando, pero sin exageración. Corta las frases de modo espástico, seco, con numerosas repeticiones y exclamaciones. Cuando es mucha la exaltación, termina moviéndose en un marjal de palabras, del que sale con trabajo, en medio de una multiplicación aplastante de injurias, unas veces, en otras, recuperándose con frases lentas, aceleradas de pronto, o con algunos vítores de circunstancias.

En sus mensajes a los congresos, hay mayor coherencia de ideas, de construcción apreciable. En las improvisaciones, los aplausos se prodigan mientras menos se entiende lo que dice.

Es muy difícil, casi imposible, ofrecer una muestra del género. Es menester escucharlo. Pero si el lector siente curiosidad, van aquí unos fragmentos, incluyéndose unos pocos tomados de libros por él escritos. Deben ser leídos con sacudidas, pausas bruscas en cualquier lugar, sin bajar la voz cuando se debe hacerlo en la normalidad de la expresión.

Sobre acción política

Quien piense que don Quijote puede tener éxito todos los momentos, peca por lo alto y está condenado al fracaso... La moral del político es relativa y se inspira en la biología... La especie humana está amenazada por ladrones y rateros...

Nosotros no tenemos partido... García Moreno no necesitó de partido alguno. ¡Era fuerza única, sola, indiscutible!

Yo soy el único liberal verdadero en este país... Aquí el liberalismo es una muerte podrida, putrefacta... Me combaten los comunistoides? los socialistoides, rábulas, bastardos, mentes ratoniles, zambitillos pretenciosos... Ninguno, ninguno podrá conmigo...

No hay partidos políticos en el Ecuador, oidme bien, no hay partidos políticos ni nada que se parezca a elloss. Sólo hay el partido de las muchedumbres despiertas, intuitivas, fervorosas, el partido de las masas con sus jefes, directores, consejeros, secretarios, etcétera.

Han llegado a pedir esos insolentes que me examine una comisión de psiquiatras. Yo no soy loco, no tengo nada de loco, no me dejaré llamar loco... ¿Qué no estoy satisfecho de mi obra? Ni el propio Miguel Angel quedó satisfecho... Si una revolución estalla, o me aplasta ella, o yo la aplasto a ella...

El socialismo en el país es un caos de pícaros. Ninguno, ninguno ha meditado el enorme libro de Carlos Marx, tan confuso, tan cansado a ratos...

Rusia desafiando a sus enemigos externos... Más de cuarenta años de labor, disciplina... Qué más grande perfección. Qué paciencia en el laboratorio. Qué detalles científicos más perfeccionados. Sube el hombre a la luna, da la vuelta y regresa. Esto tenemos que imitar aquí...

Estamos entrando a la tercera fase, la más peligrosa, una acción conjunta del Congreso y de los estudiantes para derrocarme. Los estudiantes salen del Congreso, se pasean por el Palacio de Gobierno, lanzan piedras, rompen vidrios, me dicen loco y se van...

Oid alguna pifia... Estoy en Cuenca en medio de esta chusma sublime... Infelices, mentalidades de ratón. Yo desprecio y me burlo de los infelices...

Hoy mismo estamos planteando el ser o no ser de la República... A este dilema del ser o no ser, yo os convoco a todos vosotros a que adoptéis, no el no ser, sino el ser... Si alguien nos ataca, nos defenderemos de rama en rama y de roca en roca...

Sobre las fuerzas armadas

Yo admiro mucho a San Francisco de Asís y a los filósofos de la India, pero sigo creyendo en la necesidad de la fuerza... la nobleza del ejército está en ser lazo de unión entre el cielo y la tierra...

Sólo Alejandro y César, Napoleón y Bolívar, son dignos de vosotros, soldados del mundo, soldados de las fuerzas armadas ecuatorianas.

La aviación es lo más excelso de la especie humana; es el hombre que se desprende de la vulgaridad de la tierra, para comulgar con la pureza del cielo y descender a purificar la tierra, después de haber recibido la comunión con el infinito...

Yo no creo en el pacifismo bonachón y blandengue... El ser General (ceremonia de ascensos) es cargar sobre sí toda la responsabilidad de la Patria, y el hombre que sabe mandar, y el hombre que sabe ser responsable, es para mí el hombre más grande de la tierra, es una imagen de Dios en la tierra... Es saber ser divino aquí en la tierra... Responsabilidad terrible de la cual tendréis que salir muertos o con gloria, pero no quiero divagar, no saldréis muertos, saldréis con gloria...

Nada más eterno ni más científico que el ejército... Las fuerzas armadas son una empresa de arte y sabiduría... Estos tumultos últimos de nuestro país son insignificantes al lado de los tumultos del mundo entero; es la humanidad la que está en estado de tumulto... Es necesario mantener nuestra alma dentro del tumulto...

Sobre varias cuestiones

Estamos en tiempo del dinamismo. Todo se mueve y se mueve rápido, rapidísimo. Ya no hay tiempo para leer grandes libros. Raros, muy raros, los sabios.

No nos preocupan principalmente las llamadas leyes de la moneda sana...

Donde impera la unidad, y donde ésta debe ser reconocida por actos libres para convertirse en benéfica, si es atropellada... se cae en el abismo del infierno. Nadie reniega de su propia naturaleza sin precipitarse en el infierno... Uno de los mayores sabios de este tiempo, Teilhard de Chardin, físico, antropólogo, filósofo y teólogo, proclama que todo, todo en lo cósmico y en lo humano, tiende a la unidad... (Discurso ante una visita del cuerpo diplomático acreditado en Quito).

Para mí, la medicina es la ciencia fundamental del hombre, superada únicamente por una metafísica que sepa ser metafísica o por una teología que sepa ser teología...

Sobre un delirio quiliástico reducido

...Por eso el velasquismo está en el poder y por eso durará *100* años, o *50* años, o *40* años, a pesar de la miseria de los bastardos.

El velasquismo durará *40* años, pese a envidias y a maniobras.

Es muy natural que maquinemos, es muy natural que nos devoremos, pero día y noche estamos trabajando por vosotros... Gobernaremos *40* años, porque *40* años o más merecemos la confianza del pueblo...

El velasquismo va a triunfar *50, 60 o 100* años...

El velasquismo tiene que durar *40* años un ejemplo, *40* años, pero puede durar *100* años... La obligación de ustedes, señores jóvenes, es ir renovando, renovando, renovando, para que esto dure *40, 50, 60* años, que es lo que hace temblar a la gente y por eso quieren socavarme...

***

Me he extendido ya demasiado. El tema es seductor; perdóneseme haberme rendido a su seducción. Más páginas necesitara, empero, para desarrollarlo, profundizarlo y documentarlo. No dudéis de que se trata de un fenómeno que puede aparecer y caer sobre otro país de los nuestros y en análogas condiciones al que pertenezco.

El tumulto, él lo ha dicho. Por el tumulto de su causa murieron los niños en el Ecuador, y los hombres siguen hambrientos. Por sobre sus muertos , han triunfado ahora los mozos. No sé si el triunfo podrá ser consolidado.

Una vez oí a un conferencista, director de cierta agrupación política en un país amigo. Decía el hombre, muy orondo, lleno de risas en la cara, que lanzaba a su gente a las calles, en pleno tumulto, para buscar un muertito. "Necesitábamos un muertito", repetía, con un placer siniestro "siquiera uno". No os estoy contando un cuento; estas cosas parecen inverosímiles, pero, con harta frecuencia, lo inverosímil es lo cierto, ya lo dijo un escritor penetrante. Me quedó entonces una preocupación profunda.

La demagogia comete más crímenes –con muertos o sin ellos– que lo patológico criminal.

Pido que esta pequeña contribución al estudio de las aventuras de un conductor conducido, sirvan para reflexionar en los peligros que nos acechan, por entre la hojarasca de nuestras instituciones adolescentes.